

Los apócrifos cristianos en sus textos

Introducción	Rémi GOUNELLE	3
¿Qué es un apócrifo?		3
La supervivencia de los apócrifos		7
Cuando los apócrifos se convierten en objeto histórico		11
Textos relativos a José, María y Jesús		15
Infancias de María y de Jesús	Rita BEYERS	15
La muerte de los padres de Jesús	Rémi GOUNELLE	35
¿A quién se parecía Jesús?	Irena BACKUS	45
Ministerio y predicación de Jesús	Rémi GOUNELLE	49
Pasión y resurrección	Rémi GOUNELLE	64
Las consecuencias de la pasión	Rémi GOUNELLE	74
Después de la resurrección	Rémi GOUNELLE	81
Apócrifos e islam	Rémi GOUNELLE	88
Textos relativos a los apóstoles y los discípulos		95
Las cartas de Pablo	I. BACKUS y R. GOUNELLE	95
Primeros relatos de evangelización	Rémi GOUNELLE	104
Los hechos de apóstoles de la segunda generación	F. AMSLER y J.-M. PRIEUR	126
Relatos de fundación	Rémi GOUNELLE	135
La colección del Pseudo-Abdías	Els ROSE y Rémi GOUNELLE	142
Revelaciones sobre la salvación y la condenación	Rémi GOUNELLE	146
Los signos del juicio	Rémi GOUNELLE	156
Personajes del Antiguo Testamento	Rémi GOUNELLE	162
El profeta Esdras		162
El rey Salomón		165
La Ascensión de Isaías		170
Los apócrifos hoy	Rémi GOUNELLE	177
Selección bibliográfica		182
Origen de los textos y las traducciones		182
Lista de recuadros		183
Índice de citas		184

Los apócrifos cristianos en sus textos

por

Rémi GOUNELLE

con la colaboración de

Frédéric AMSLER, Irena BACKUS, Rita BEYERS, Valentina CALZOLARI,
Charlotte DENOËL, Jean-Marc PRIEUR, Jean-Michel ROESSLI, Els ROSE

Presentación

El buey y el asno en el pesebre, la impresión del rostro de Jesús en el paño de la Verónica, la asunción de María, la escena del *Quo vadis?*: muchas representaciones del «imaginario» y el arte cristianos se han transmitido no por el Nuevo Testamento, sino por una literatura de una diversidad considerable centrada en los personajes fundacionales del cristianismo.

Como complemento al Cuaderno Bíblico n. 148, *Los escritos apócrifos cristianos* (2010), éste es un «Documento» que presenta y ofrece las obras que hay que conocer (el *Protoevangelio de Santiago*), de las que se habla (el *Evangelio secreto de Marcos*, el *Evangelio de Judas*), así como aquellas cuyos nombres resultan desconocidos a los no especialistas (la *Venganza del Salvador*, la *Carta de Jesucristo sobre el domingo*, la correspondencia entre Pablo y Séneca). Aquí se citan cerca de cuarenta obras: evangelios, hechos de apóstoles, cartas y apocalipsis. Algunos textos antiguos han estado ocultos hasta hace muy poco (el *Evangelio de Tomás*), mientras que otros fueron reescritos sin cesar en la Edad Media. Han inspirado dogmas (la asunción de María), han alimentado la piedad y la liturgia cristianas tanto en Oriente como en Occidente –ya pensemos en iconos, esculturas o vidrieras–, y han permitido a comunidades cristianas encontrar una cohesión social y religiosa, y después evolucionar. Más que buscar en ellos una presunta fe original o una desviación inadmisible de la ortodoxia, el lector aprenderá a reconocer en ellos la historia del cristianismo en su diversidad.

Conservo preciosamente en la memoria el trabajo llevado a cabo en el comité de elaboración de nuestro amigo François Laplanche, fallecido el día de Pascua de 2009 a la edad de ochenta años. Director de investigación honorífica en el CNRS, era un especialista en la historia intelectual del cristianismo, especialmente de la lectura de la Biblia (siglos XVI-XX). Le habría gustado ver este «Documento». Gracias, François.

Hugues COUSIN

Ilustración de cubierta: Nag Hammadi, Codex II, páginas 33-34. Puede leerse el colofón del *Libro secreto de Juan* (*Kataïōannēn n apokryfon*). El texto que le sigue es el comienzo del *Evangelio según Tomás*.

Introducción

¿Qué es un apócrifo?

La literatura apócrifa cristiana ha sido comparada con rán-
zón con un continente. ¿Cómo describir mejor su diversi-
dad? Esta literatura procede de todos los países cristiani-
zados, y su contenido es extraordinariamente variado:
evangelios y relatos de misión, diálogos, himnos y poe-
mas, visiones y revelaciones, cartas atribuidas a los perso-
najes más diversos se codean unos con otros, por no
mencionar los inventarios de profetas y apóstoles. Textos
griegos y latinos se codean con obras traducidas o com-
puestas en armenio, copto, georgiano, siríaco, árabe,
etiópico, antiguo eslavo y en todas las lenguas que se de-
sarrollaron en Occidente durante la Edad Media. Ya no po-
demos definir las fronteras de esta literatura sobre una
base cronológica. Los apócrifos más antiguos se remon-
tan al siglo I, y los más recientes datan de comienzos del
siglo XX.

La diversidad de la literatura apócrifa cristiana explica
que sea muy difícil definirla. Ciertamente, los textos
apócrifos no se encuentran en la Biblia, pero este crite-
rio no es satisfactorio más que en apariencia: después
de todo, las homilías que nos ha legado la Antigüedad o
los textos litúrgicos sobre los apóstoles –que frecuente-
mente recogen tradiciones apócrifas– ya no fueron re-
cogidos en el Nuevo Testamento; sin embargo no se los

considera como apócrifos. Además, el canon de la Biblia
varió según las regiones, y algunos textos ausentes de la
Biblia de los cristianos de Occidente fueron considerados
canónicos por otros cristianos –es el caso, por ejemplo,
de la *Tercera carta de Pablo a los Corintios*-. Así pues,
que un texto esté ausente del canon no es un criterio
satisfactorio para definir un apócrifo. Hay que tener en
cuenta otros elementos, entre ellos el contenido de es-
tos escritos.

Textos fundacionales

Igual que los libros de la Biblia, los apócrifos son obra de
creyentes que refieren las hazañas de personajes im-
portantes en su opinión –sus viajes, sus milagros, sus
heroicas muertes, etc.–, pero también su enseñanza y
las revelaciones de las que disfrutaron. Estos héroes
pertenece al tiempo de los orígenes cristianos: el de
Jesús, sus apóstoles y sus discípulos, pero también a las
épocas precedentes. Con unas pocas excepciones, los
cristianos de la Antigüedad consideraron al Antiguo
Testamento como parte integrante de su patrimonio.
Algunos apócrifos cristianos hablan por tanto de perso-

najes y acontecimientos anteriores a la llegada de Jesús. Así, la mayoría de los numerosos textos apócrifos atribuidos al profeta Esdras son de origen cristiano; la investigación reciente también ha mostrado que textos como la *Ascensión de Isaías* o las *Vidas de los profetas* son creaciones cristianas y no reescrituras cristianas de fuentes judías.

Si algunos autores se tomaron tiempo para interesarse por estos personajes, en una época en que se publicaba menos que hoy, es por lo que les pareció necesario conservar su recuerdo para garantizar la fe y las prácticas de sus comunidades. En efecto, los apócrifos no son comparables a las novelas modernas: no se trata de obras de ficción que tienen como objetivo distraer a sus destinatarios o ayudarlos a comprender mejor el mundo en el que viven; los apócrifos preservan y transmiten tradiciones fundamentales, ligadas a doctrinas, prácticas litúrgicas o morales, o identidades regionales.

Esta dimensión de la literatura apócrifa es esencial: a pesar de que sucede que un lector encuentre placer en la lectura de un determinado episodio bien compuesto o de sonreír frente a esa otra marca de humor, jamás debe olvidar que su autor no es un escritor que escribe por el simple placer de escribir o de un fabulador cuya finalidad es inventar historias. Así, cuando un lector encuentra confirmación de tal o cual hipótesis sobre Jesús en un texto apócrifo, debe recordar que su autor no es un historiador, y que le importa poco que las tradiciones que refiere estén históricamente probadas o no. Los apócrifos fueron escritos por cristianos convencidos, al servicio de su fe y de su comunidad... Lo que no excluye, eventualmente, una dimensión polémica. Aunque a ve-

ces preservan tradiciones muy antiguas, nunca es con conocimiento de causa.

¿Falsificaciones?

Un buen número de relatos apócrifos se presentan como la obra de un profeta del AT, de un apóstol o de un discípulo de Jesús. Otros afirman haber sido compuestos en tiempos de Jesús o del AT. La crítica histórica ha demostrado la falsedad de estas pretensiones. Por tanto, ¿serían los autores de textos apócrifos unos estafadores?

Lo que hoy puede aparecer como una grosera mentira debe entenderse en su contexto. En efecto, en la Antigüedad, una obra debía evitar a cualquier precio pasar por «nueva», so pena de ser rechazada sin miramientos; una palabra no tenía peso más que si estaba vinculada a una ilustre tradición. Para hacerse con las cartas de ciudadanía requeridas, filósofos y escritores no dudaban en atribuir sus obras a un autor afamado y que era una autoridad. Como personas de su tiempo, los cristianos no dejaron de utilizar estos procedimientos, que ellos no inventaron.

Lejos de ser estafadores o megalómanos, los autores de escritos apócrifos trataron de anclar las tradiciones que referían en un pasado glorioso. Al atribuirlos a un profeta o a un apóstol, veneraban al héroe al que apelaban, situándose en su linaje, y daban a su obra la autoridad de la que tenían necesidad. El autor de las cartas pastorales no hizo otra cosa al situarse tras las huellas paulinas.

Los apócrifos, ¿cuentos?

El lector de hoy puede estar tentado de considerar algunos apócrifos como cuentos: animales que hablan, personas que cambian de apariencia, seres extraordinarios que se aparecen, etc. Además, algunos textos son claramente simbólicos. Así pues, el paralelo es tentador, pero podría ser falaz. En efecto, no hay que olvidar que la frontera entre real e imaginario se ha desplazado a lo largo de los siglos; los motivos que sorprenden al lector occidental no pertenecían, en la mayor parte de los casos, al registro legendario en la Antigüedad. Así, las regiones a las que eran enviados los apóstoles eran consideradas como territorios extraños, poblados por seres sobrenaturales (basta con leer la obra del gran historiador que era Heródoto para darse cuenta de que no se trataba de simples metáforas). Por tanto, podría ser que los autores de los apócrifos creyeran en lo que contaban. Determinar, sobre la base de nuestro racionalismo actual, lo que es legendario y lo que no lo es en la literatura apócrifa es el mejor medio de no entenderla.

En la mayoría de los apócrifos es difícil determinar qué grado de veracidad concedía el autor a su relato. Únicamente los *Hechos de Pedro* y de los doce apóstoles fueron concebidos claramente como una fábula. Por el contrario, el autor de los *Hechos de Andrés* no presenta su obra como imaginaria, ni siquiera cuando invita a leer entre líneas de su relato para encontrar el sentido espiritual; su obra

tenía, en su opinión, diversos grados de significado, pero éstos no eran incompatibles: el sentido espiritual se superponía al significado literal (histórico) del texto, sin invalidarlo.

No obstante, numerosos indicios dan a entender que los oyentes y los lectores de relatos apócrifos consideraban estas obras como fiables. Si Gregorio, obispo de Tours en el siglo vi, se tomó tiempo de reescribir los *Hechos de Andrés*, expurgándolos de discursos dudosos del apóstol, ¿no es porque tenía en consideración este relato de las aventuras de Andrés? La utilización de datos tomados de relatos apócrifos en crónicas medievales hace pensar también que globalmente les merecían confianza. Hasta finales de la Edad Media, la acusación de falsedad esgrimida contra algunos textos no apunta en ningún caso a su carácter legendario o inverosímil, sino a la presencia de enunciados doctrinalmente dudosos. Cuando un autor califica un apócrifo de «falso» no es sobre la base de una investigación histórica que le permitiría denunciar su carácter legendario; es simplemente que discierne en él elementos incompatibles con su fe y su tradición eclesiástica. Leer los apócrifos como cuentos es posible, por supuesto, con la condición, no obstante, de no pretender con ello explicar su génesis ni dar cuenta del papel que desempeñaron en el cristianismo de la Antigüedad y la Edad Media.

¿Textos populares?

No es raro leer, en los medios de comunicación y los diarios de divulgación, que la literatura apócrifa sería popular: escrita por gente poco formada, estaría destinada al pueblo y se opondría, por tanto, a la «alta literatura», compuesta por sermones, tratados teológicos, comentarios bíblicos... y los escritos canónicos.

Esta opinión, bastante corriente, no es asumible, porque, para redactar un texto, había que saber escribir y dominar las reglas de composición, lo que estaba lejos de ser el caso del conjunto de la población en la Antigüedad. Los frecuentes guiños a la cultura de la época confirman que estamos muy lejos de la literatura popular. Lejos de ser gratuitos, estos paralelos permiten descubrir frecuentemente, detrás de relatos a veces absurdos o esca-

etrosos, reflexiones filosóficas o denuncias elaboradas del paganismo de su época. Manifiestamente, un cierto número de autores disfrutaban de una buena cultura y esperaban de sus destinatarios que supieran desencriptar los símbolos, a veces complejos, a los que recurrían. Considerar tales textos como literatura popular no hace más que traicionar nuestra dificultad para descifrar obras más sutiles que no lo parecen en un primer momento.

La relación con el Nuevo Testamento

Producida por letRADos, la literatura apócrifa bebe de diversas fuentes, pero observamos, no obstante, que, en el caso de los textos más antiguos, las referencias al NT no son, cuando menos, evidentes. El autor de los *Hechos de Andrés*, por ejemplo, no parece conocer de las Escrituras más que los nombres de Adán, Eva y Caín. Quizá era un convertido reciente, aún poco acostumbrado a los detalles de la fe cristiana. Otros apócrifos que se remontan a los años 150-200 no contienen muchas más citas bíblicas; algunos, al citar el AT, no remiten claramente al NT. Hay

que decir que, en esta época, este último aún no estaba formado, y la mayor parte de las comunidades cristianas no poseían los medios para disponer de copias de los textos que constituían autoridad para ellas. Entonces apenas resulta sorprendente que los apócrifos que se remontan a esa época antigua no citen los escritos convertidos en canónicos. Por tanto, ¿cuáles son sus fuentes? Quizá tradiciones orales sobre Jesús y sus discípulos, aunque frecuentemente es difícil de probar.

La Biblia cristiana se constituye en el curso de los siglos III y IV, si bien los apócrifos compuestos a partir de este período empiezan a contener citas o alusiones al NT, y no ya solamente al AT. Algunos de ellos se moldean fielmente sobre estos textos, utilizándolos casi como modelos, mientras que otros juegan con ellos, combinando las citas bíblicas para hacer que brote de ellos un sentido nuevo. En todo caso, el recurso a la Biblia no impidió a los autores de estos apócrifos recurrir a otras fuentes, verosímilmente escritas, y a menudo perdidas, y hacer alusión a su entorno, sobre el cual la arqueología arroja frecuentemente una preciosa luz.

¿Qué es un evangelio?

Para el que está familiarizado con la Biblia, un evangelio es un escrito seguido de la vida de Jesús; esta designación supone, pues, un contenido preciso (la vida de Jesús) y una forma literaria determinada (un relato seguido, y no un discurso, un tratado o una predicación).

En la Antigüedad, el término «evangelio» tenía un uso mucho más extendido. Así, el *Evangelio de Tomás* no es un relato sobre la vida de Jesús, sino una recopilación de sus palabras. Los dos textos conservados bajo el título de *Evangelio de Felipe* están aún más alejados de lo que entendemos más frecuentemente como «evangelio». El que se menciona en *El Código da Vinci*, de Dan Brown, es una

especie de tratado o de homilía sobre Cristo, en el que encontramos pocas informaciones sobre Jesús; este difícil texto no es además un relato, sino una acumulación de ideas agrupadas en función de juegos de palabras o de relaciones temáticas. El otro *Evangelio de Felipe* se conoce gracias a un autor del siglo IV (Epifanio de Salamina, *Panarion XXVI*, 2-3), que cita algunas líneas suyas; según esta breve cita, alguien (*¿Felipe?*) refiere lo que Jesús le habría revelado con respecto a la ascensión del alma al cielo tras la muerte. Así pues, ninguno de estos textos, que circularon ambos con el título de *Evangelio de Felipe*, se parecía a los textos que, en la Biblia, llevan el título de «evangelio».

La supervivencia de los apócrifos

Para que un texto circule y sea leído, tanto en la Antigüedad como actualmente, era preciso que tuviera demanda, es decir, que fuera útil. Por tanto, el destino de los apócrifos dependió no de su grado de veracidad, sino de su capacidad de alimentar la piedad, la liturgia y la teología de los cristianos posteriores.

Los textos perdidos

La evolución de las doctrinas y las prácticas cristianas tuvo como consecuencia que muchos escritos de los tres primeros siglos del cristianismo fueron percibidos después como extraños, inutilizables o dudosos, por no decir heréticos; por tanto, no fueron copiados, lo cual, para un libro, equivale a la muerte. Así es como desapareció un gran número de escritos apócrifos, algunos de ellos convertidos, según parece, en inaccesibles desde la Antigüedad, mientras que otros circularon durante mucho tiempo más antes de desaparecer.

Por eso, de estos escritos, la mayor parte de los cuales desapareció tan silenciosamente y sin que mediara ninguna condena por parte de la institución eclesiástica ni ninguna hoguera, frecuentemente no conocemos más que el título o algunos fragmentos. Por tanto, determinar sobre esta única base su contenido y su orientación teológica es una empresa arriesgada. Ciertamente, en algunos casos excepcionales, un imprevisible concurso de circunstancias permitió redescubrir el texto de un apócrifo perdido o identificar nuevos fragmentos. Pero, aunque tales descubrimientos son algo gozoso, frecuentemente no proporcionan más que una pieza suplementaria de un puzzle complejo cuyo dibujo sigue siendo indiscernible, y no es raro que susciten más preguntas que las respon-

tas que aportan (el descubrimiento del *Evangelio de Judas*, cuya interpretación es aún objeto de debates entre los expertos, es un buen ejemplo de ello).

Los textos con éxito

Otros apócrifos se emplearon en la liturgia, la teología y la devoción de algunos grupos de cristianos, y por tanto continuaron siendo copiados y leídos mucho después de la clausura relativa del canon en el siglo IV.

Es en el marco del culto a los santos donde sobre todo fueron utilizados, tanto en Occidente como en Oriente: al no proporcionar las Escrituras canónicas más que succinctas informaciones sobre la vida, los hechos y la muerte de algunos personajes bíblicos, especialmente los del NT, fueron los escritos apócrifos los que alimentaron el culto a los santos bíblicos, como los apóstoles, el protomártir Esteban o las santas mujeres que siguieron a Jesús. El interés de los cristianos se dirigía entonces ante todo a la vida y los hechos de estos santos, y no a las doctrinas que se les atribuían, lo cual tuvo consecuencias durante la Edad Media en las modificaciones de los escritos apócrifos antiguos. Así, cuando Gregorio Magno reescribe los *Hechos del apóstol Andrés*, considera que los discursos de Andrés son de «superflua verbosidad»; por tanto, valora sus milagros en detrimento de las exposiciones doctrinales que encuentra en su modelo.

El interés de los cristianos de la Edad Media por los santos bíblicos tiene que ver también y expresamente con la persona de Jesús y de sus allegados. Ahora bien, los evangelios canónicos no conservaron de la vida de Jesús más que un cierto número de episodios, dejando huecos abiertos, como su infancia. Este período de la vida de

Cristo está narrado en varios evangelios apócrifos, que no dejaron de ser copiados, reescritos e ilustrados en las artes plásticas. El *Protoevangelio de Santiago*, que cuenta la infancia de María así como el nacimiento de Jesús, también disfrutó de un éxito sin parangón en la cultura religiosa de la Edad Media, tanto en Oriente como en Occidente; a él especialmente le debemos las figuras de Ana y Joaquín, padres de María. La *Historia de la infancia de Jesús* (*Pseudo-Tomás*), que cuenta los hechos y gestos de Jesús antes de su duodécimo aniversario, también fue muy leída, y las tradiciones de peregrinación que se desarrollaron, tanto en el cristianismo como en el islam, en torno a la estancia de la Sagrada Familia en Egipto le deben igualmente mucho.

Otros evangelios apócrifos vuelven sobre acontecimientos importantes para la salvación, como el proceso de Jesús, su crucifixión o su descenso a los infiernos; probablemente contribuyeron a los desarrollos teológicos sobre el más allá y sobre el fin último de la vida humana. Especialmente es el caso de las *Actas de Pilato* (corrientemente llamado *Evangelio de Nicodemo* desde el siglo XIII), que disfrutaron de una enorme popularidad durante la Edad Media, sobre todo en Occidente.

Los escritos apócrifos también estimularon el interés por objetos santos, como la reliquia de la santa cruz. Este precioso objeto, que habría sido descubierto por Elena, madre del emperador Constantino, fue objeto de devoción desde el siglo IV. Algunas leyendas apócrifas se desarrollaron en torno a la cruz y su descubrimiento. Diversos relatos asocian así la cruz de madera con el árbol del conocimiento del bien y del mal (*Vida de Adán y Eva*), pero también con el cayado de Aarón, cuyo poder se desplegó ante el faraón (Ex 7-10).

Los personajes y los objetos surgidos de tradiciones apócrifas se convirtieron frecuentemente en objetos de

culto en la Edad Media, especialmente en Occidente: el año litúrgico conmemora a los santos (incluidos los santos bíblicos) el día de su muerte; los objetos esenciales de la religión, como la reliquia de la cruz, constituyen el sujeto de algunas fiestas litúrgicas. Los relatos apócrifos desempeñan un importante papel en los acontecimientos que tienen lugar durante los ritos: las leyendas se leían durante la misa y las horas canónicas; se incorporaron a las oraciones y los cantos litúrgicos. Algunas tradiciones de origen apócrifo están en la fuente de fiestas centrales del ciclo litúrgico, como la asunción de la Virgen. Estas relaciones entre las leyendas apócrifas y el culto explican la difusión de los apócrifos en la Edad Media en las diferentes capas de la sociedad y en las diversas formas de espiritualidad.

El éxito del que disfrutaron estos textos aseguró su supervivencia, pero esto no ocurrió sin tristes consecuencias para ellos. En efecto, para seguir siendo de actualidad tuvieron necesidad de adaptaciones: los copistas corrigieron, abreviaron o censuraron los episodios extraños, escabrosos o doctrinalmente dudosos; algunos escribas creyeron hacer algo bueno añadiéndoles nuevos episodios que conocían por la Biblia, la liturgia o el folclor; algunos textos fueron despiezados en varios episodios, otros agrupados; algunos títulos fueron modificados, si bien no es raro que, bajo un mismo título, se oculten textos diferentes. De esta manera, el *Evangelio de Nicodemo* que leía Jacobo de Vorágine en el siglo XIII apenas tenía que ver con el texto griego del siglo IV, del que era una traducción notablemente revisada; en la misma época, los cristianos bizantinos podían leer una forma muy diferente del mismo relato, desconocida por el autor de la *Leyenda áurea*; en Armenia, los cristianos podían acceder a una versión aún diferente del mismo texto... Estas importantes metamorfosis fueron el precio del éxito.

Las recopilaciones dominicas

El siglo XIII estuvo animado por un gran movimiento de recopilación en el que los frailes predicadores participaron intensamente. Grandes manuales dominicos destinados a la predicación, a la liturgia y a la erudición, el más conocido de ellos es sin duda la *Leyenda áurea*, de Jacobo de Vorágine, el último de los grandes recopiladores dominicos.

En las noticias que consagraron a los héroes del NT y a las fiestas litúrgicas, estos recopiladores incorporaron numerosas tradiciones apócrifas, dándolas así a conocer de una forma amplia. Trabajaban según el doble principio de la concisión y la exhaustividad: tenían que ser breves y completos. De esta manera, cuando se apropiaron de las tradiciones apócrifas sobre la infancia de María y de Jesús, fue naturalmente el *Libro de la natividad de María* el que privilegiaron. De este relato, del que se habla en la p. 32, no conservaron más que los hechos que preceden a la Anunciación, que resumieron y depuraron aún más. Todos, con excepción de Juan de Mailly, suprimieron especialmente las referencias al primer matrimonio de José y a sus hijos. Bajo esta forma

abreviada, el relato figura entre los textos relativos a la fiesta de la Natividad de María en las leyendas de Juan de Mailly (ca. 1224-1243) y de Jacobo de Vorágine (ca. 1260-1298), en el leccionario constituido por Humberto de Romans (1246-1256), que destinó el resumen a ser leído en el refectorio, así como en la vida de la Virgen y de Cristo que Vicente de Beauvais insertó en el libro VI de su *Speculum historiale* (1244-1259). Pero los recopiladores dominicos conservaron también algunas tradiciones que se remontan al *Pseudo-Mateo*. Vicente de Beauvais seleccionó de él un importante número de episodios, a saber, la descripción de la vida de María en el Templo, el tejido del velo del Templo, que llevó a las compañeras de María a conferirle el título de «reina de las vírgenes», la visión de los dos pueblos (cf. p. 23), el nacimiento en la cueva luminosa y la mudanza al establecimiento con el buey y el asno, así como los cuatro milagros de la huida a Egipto.

Jacobo de Vorágine se inspiró en diferentes trabajos de estos predecesores para constituir su resumen de la vida de la Virgen hasta la anunciación.

1 La leyenda áurea 127: «Natividad de María»

* es decir, el *Evangelio del Pseudo-Mateo*, n. 30

* al sacerdote

La Virgen hacía progresos incesantes en santidad y cada día era visitada por los ángeles y una visión de Dios. Jerónimo*, en una carta a Cromacio y Heliodoro, dice que la santa Virgen se había impuesto como regla permanecer en oración desde la mañana hasta tercia, después de ocuparse en tejer desde tercia hasta nona, y a partir de nona hasta vísperas no dejaba de rezar hasta el momento en que el ángel que se le aparecía le daba de comer. [...]

El Señor respondió* que sólo este que no había llevado su vara era aquel con el que la Virgen tenía que casarse. Designado de esta manera, José lleva su vara, que floreció inmediatamente, y en su extremo se posó una paloma procedente del cielo. Pareció evidente a todos que José tenía que unirse a la Virgen. Éste volvió a su ciudad de Belén a fin de disponer su casa y preparar lo necesario para su boda. En cuanto a la Virgen María, volvió a casa de sus padres en Nazaret con siete vírgenes de su edad, alimentadas con la misma leche, que había recibido del sacerdote para que testimoniaran el milagro. Ahora bien, en aquel tiempo, el ángel Gabriel se le apareció durante su oración y le anunció que el Hijo de Dios tenía que nacer.

La Leyenda áurea también da cuenta de dos parteras, Zébel y Salomé (capítulo sobre la Natividad del Señor), la caída de los ídolos y el milagro de la palmera (capítulo sobre los Inocentes). Con respecto a la genealogía de la Virgen, Jacobo de Vorágine integró igualmente, en el capítulo sobre la Natividad de María, la tradición del triple matrimonio de Ana. Esta tradición pretende que tres Marias –la madre del Señor, la madre de San-

Iago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan (cf. Mt 27,56)– habrían nacido de tres matrimonios sucesivos de Ana, que era la tía materna de Isabel; los *hermanos de Jesús* son interpretados de esta manera, en la línea de Jerónimo, como parientes de Jesús y no como los hijos habidos en el primer matrimonio de José, como pretende el *Protoevangelio de Santiago*.

2 *La leyenda áurea* 127: «Natividad de María»

Joaquín se casó con una mujer llamada Ana, que tenía una hermana llamada Hismeria. Esta Hismeria dio a luz a Isabel y a Eliud; Isabel dio a luz a Juan Bautista. De Eliud nació Eminen, de Eminen nació san Servasio, cuyo cuerpo está en la ciudad de Maastricht, situada en el Mosa, en la diócesis de Lieja. Ahora bien, Ana tuvo, según se dice, tres maridos: Joaquín, Cleofás y Salomé. De su primer marido, Joaquín, tuvo una hija, María, la madre del Señor, que dio en matrimonio a José y que engendró a Cristo, nuestro Señor. A la muerte de Joaquín, ella se casó con Cleofás, hermano de José, que le dio otra hija, llamada igualmente María, a la que casó después con Alfeo y con el cual tuvo cuatro hijos: Santiago el Menor, José el Justo, también llamado Barsabas, Simón y Judas. Tras la muerte de su segundo marido, Ana tomó un tercero, Salomé, de quien engendró a otra hija, a la que llamó también María y a la que casó con Zebedeo. De éste, esta María dio a luz a dos hijos: Santiago el Mayor y Juan el evangelista. Lo cual dio lugar a estos versos:

«Ana puso en el mundo, se dice, a tres Marias,
cuyos padres fueron Joaquín, Cleofás y Salomé.
Ellas se casaron con José, Alfeo y Zebedeo.
La primera dio a luz a Cristo, la segunda concibió a Santiago el Menor,
José el Justo y Judas con Simón.
La tercera, a Santiago el Mayor y Juan, que tiene alas».

Esta ficción de origen occidental está atestiguada en el siglo ix y se hizo muy popular en el xii; dio lugar a muchas representaciones pictóricas de la «santa Parentela». Debido a la inmensa popularidad de la *Leyenda áurea* –se conocen más de mil manuscritos de la única versión latina–, las tradiciones apócrifas que recogió

acabaron por encontrar lugar en la memoria colectiva de la cristiandad medieval. Pero la apropiación de las tradiciones apócrifas por los recopiladores dominicos, y sobre todo por la *Leyenda áurea*, no impidió que los mismos textos apócrifos continuaran siendo copiados y leídos en la Edad Media tardía.

Cuando los apócrifos se convierten en objeto histórico

Con el Renacimiento se inicia un nuevo período en la historia de los apócrifos: el nacimiento del espíritu crítico condujo a algunos humanistas a desacreditar los textos que habían conocido una gran popularidad en la Edad Media, como la correspondencia entre Pablo y Séneca, la *Carta de Léntulo* o incluso, entre otros muchos, los *Actas de Pilato*. Una desconfianza generalizada se establece a partir de entonces con respecto a estos «cuentos extravagantes».

No obstante, algunos ambientes estarán más abiertos a los apócrifos que otros: en el siglo xvi, la *Leyenda áurea* se convierte en objeto de desprecio sobre todo para los protestantes reformados, que rechazan masivamente cualquier literatura apócrifa; ése no es el caso de los ambientes católicos, que continúan aceptándolos, aunque con un espíritu más crítico; los luteranos siguen siendo, por su parte, más favorables a algunos textos apócrifos, que consideran apropiados para animar a la piedad y que consideran como útiles para la educación cristiana.

Esta apreciación diferenciada, asociada a un interés general por la historia, explica que el tiempo de las Reformas, lejos de ser testigo de la muerte de los apócrifos, constituya, por el contrario, un período clave en su historia: por primera vez son evaluados como textos históricos susceptibles de proporcionar informaciones sobre el cristianismo de los orígenes. El problema de su valor histórico es tan importante a los ojos de los editores del siglo xvi como la pregunta por su relación con el canon.

En la época de las Reformas y de la Ilustración

En el siglo xvi florecen las ediciones de textos apócrifos, y la diversidad de los objetivos a los que apuntan los editores es sorprendente. Así, en 1512, Jacques Lefèvre d'Étaples, que se interesa por el estatuto de los apócrifos con relación al canon, hace aparecer en el marco de su comentario sobre las cartas de Pablo la primera edición de las *Pasiones de Pedro y de Pablo* del Pseudo-Lino; le añade al texto de la *Carta a los Laodiceses* y el de la correspondencia entre Pablo y Séneca. Es al mismo erudito al que le debemos la primera edición de los *Reconocimientos pseudoclementinos* (1504), que se volverá obsoleta ante la del jurista de Basilea Johannes Sichard (1526); ésta será la referencia hasta 1965; Sichard es el primero en establecer una estrecha relación entre los *Reconocimientos pseudoclementinos* y Clemente en cuanto sucesor del apóstol Pedro en la sede de Roma, permitiendo así la recuperación de este texto por la Iglesia católica.

Hacia 1551, Guillaume Postel descubre un manuscrito griego del *Protoevangelio de Santiago*, en el cual ve el relato que subyace a los evangelios canónicos; lleva a cabo una traducción latina suya que será publicada en 1552 por el hebraizante de Zúrich Théodore Bibliander, que matizará su punto de vista; esta traducción, acompañada del texto griego de Postel, será integrada en 1564 en el *Catecismo de Lutero*, traducido al griego y enriquecido con numerosos textos apócrifos cristianos.

El editor de esta última obra (1556, 1564, 1567) es el pedagogo alemán Michael Neander. En 1531, Friedrich Nausea, un teólogo católico de orientación humanista, descubre y da a conocer la recopilación de las *Vidas de los apóstoles*, llamada «del Pseudo-Abdías»; no obstante, no es su texto el que se impondrá, sino el que será editado por el médico austriaco Wolfgang Lazius en 1552, edición que conocerá una gran fortuna en la Iglesia católica y será traducida a varias lenguas.

El siglo xvi también contempla, gracias a eruditos luteranos como Neander, que ya hemos mencionado, o Johann Jakob Grynaeus, editor de los *Monumenta Patrum orthodoxographa* (1569), el nacimiento de recopilaciones de escritos apócrifos. En el siglo xvii, por el contrario, la literatura apócrifa suscita poco interés, con excepción de los medios luteranos, que perpetúan la tendencia a las recopilaciones de textos. Los comienzos del siglo xviii contemplarán el apogeo de esta clase de obras, con la aparición de la primera edición del *Codex apocryphus Novi Testamenti* de Johann Albert Fabricius (1703).

En los ambientes luteranos se trataba sobre todo de demostrar el valor de textos apócrifos para edificar y enriquecer los conocimientos históricos de los cristianos estudiosos, ya fueran estudiantes o adultos cultivados. Fabricius comparte esta perspectiva; en la segunda edición de su *Codex apocryphus* (1719) precisa que, sin que se deba llegar incluso a integrar estos textos en el canon, su utilidad para un lector perspicaz es un hecho probado. Y Fabricius añade: «Dado que la mayor parte de estos escritos son inspirados y muy antiguos, es evidente que son susceptibles de iluminar tanto los escritos de los doctores antiguos de la Iglesia como la historia de las herejías de antaño».

El redescubrimiento por los historiadores del cristianismo

Basándose en gran parte en las ediciones del siglo xvi, Fabricius, en ese *Codex apocryphus Novi Testamenti*, que constituye una obra de referencia incluso hoy, agrupó todos los textos que, según su conocimiento, conservaban la memoria de un personaje o de un hecho relacionado con el NT. Esto le condujo a agrupar obras heteróclitas, independientemente de cualquier criterio de datación, género literario o proveniencia: era apócrifo cualquier texto que se vinculara a la historia de los orígenes del cristianismo.

Al mencionar el NT en el título de su recopilación, Fabricius invitaba a comparar las tradiciones canónicas y apócrifas cristianas. Hizo así las delicias de los polemistas anticristianos. Se puede poner como prueba la primera recopilación de textos apócrifos en lengua francesa: la *Collection d'anciens évangiles ou monuments du premier siècle du christianisme...* Publicada en 1769 con el pseudónimo del Abbé B***, es la obra de Voltaire y su entorno; el solitario de Ferney se las ingenia allí para enfrentar entre sí a textos apócrifos con canónicos, para mostrar lo absurdo y la incoherencia de las tradiciones cristianas antiguas, en particular de los evangelios canónicos.

La utilización polémica de la literatura apócrifa se acen-tuó con la publicación de un nuevo *Codex apocryphus Novi Testamenti*, por Johann Carl Thilo, en 1832. Este erudito, fallecido antes de haber podido acabar su obra, propuso clasificar los escritos apócrifos en función de los géneros literarios atestiguados en el NT: evangelios, hechos apostólicos, cartas y apocalipsis. Estructurada de

este modo, la literatura apócrifa cristiana se convertía de alguna manera en un espejo del NT o, más bien, en una imitación cuya menor calidad fue señalada rápidamente. Aunque absurda en el plano literario, esta idea se impuso. Favoreció la comparación entre textos canónicos y apócrifos: los buenos creyentes afirmaron la indudable superioridad de los escritos canónicos, mientras que otros subrayaron, por el contrario, su pobre calidad, seleccionando cada partido en su favor los ejemplos que le resultaban más favorables y desdeñando los otros.

Comprometido de esta manera, el debate no podía llegar muy lejos. Los mayores filólogos alemanes de finales del siglo xix y del xx, como Richard A. Lipsius o Ernst von Dobschütz, se dieron cuenta de ello. Más que enfrentar artificialmente textos apócrifos y canónicos, trataron de hacer de los escritos apócrifos objetos históricos: volviendo a los manuscritos, ofrecieron nuevas ediciones de

estos textos y trataron de datarlos, localizarlos y compararlos con otras piezas de la literatura antigua y medieval. Sus trabajos continúan siendo autoridad, pero el impulso que suscitaron se agotó.

Habrá que esperar a los años 1980 para que un equipo de biblistas franceses y suizos creara la Asociación para el Estudio de la Literatura Apócrifa Cristiana (AELAC), que tiene como tarea la edición, traducción y comentario de los escritos apócrifos cristianos. La apuesta es a la vez remontarse tanto como sea posible a la forma original de estos textos, comentarlos y comprender las modificaciones sufridas a lo largo del tiempo. Numerosas publicaciones han surgido de este trabajo, aunque están destinadas a expertos. Una colección de bolsillo, publicada por las ediciones Brepols con el título «Apocryphes», intenta poner las investigaciones técnicas llevadas a cabo en el seno de esta asociación al alcance de un público amplio.

En el marco de este «Documento» no era posible presentar el conjunto de la literatura apócrifa cristiana. Se ha tenido que proceder a selecciones, en parte arbitrarias.

Algunos textos eran ineludibles, como el *Evangelio de Tomás*, que podría contener palabras auténticas de Jesús, o el *Evangelio de Judas*, cuya publicación, en 2006, ha sido objeto de una abundante cobertura mediática.

Pero conceder demasiado espacio a estos textos habría conducido a dejar en la sombra obras menos conocidas, pero muy interesantes, como la *Tercera carta de Pablo a los Corintios*, los *Hechos de Felipe* o la *Carta de Léntulo*, que pretende describir la fisonomía de Jesús. Hemos considerado que estos textos también tenían su lugar en esta recopilación.

Algunos escritos ya han sido presentados en los «Documentos en torno a la Biblia». Es el caso especialmente del *Evangelio de Bernabé*, un largo pasaje del cual se citó en el «Documento» n. 11, y algunos textos encontrados en Nag Hammadi, a los que se les dedicó el «Documento» n. 16. Por tanto, hemos dejado estos textos de lado, o los hemos presentado sólo sumariamente, en la medida en que fácilmente nos podemos remitir a estos «Documentos» para tener conocimiento de ellos. Las preguntas planteadas por la definición de los apócrifos son discutidas por Jean-Marc Prieur en el «Cuaderno Bíblico» n. 148, al que el lector es invitado a dirigirse para conocer más detalles.